

cual mas podia. La bulliciosa procesion, con todas sus sublimes insignias, se disipó como humo de menuda paja al soplo del viento en dia tempestuoso; las banderolas sediciosas desaparecieron instantáneamente, cual pañuelos que se tiran á la ropa sucia; y los fuegos revolucionarios se apagaron á la manera que los hachones cuando les falta el sebo. El verdadero pueblo, loco de alegría, se puso á silbar en medio de la calle á las asendereadas nacionalidades que á todo correr tocaban de soleta; y mientras que de trecho en trecho erguian la cabeza algunos corifeos invocando la posteridad y echándola de matones, caia el telon y desaparecia la farsa como en la representacion de un entremes.

Allí pudo quedar terminada la revolucion si el gobierno hubiese continuado desplegando una energía verdaderamente digna; pero al dia siguiente, muy lejos de atemorizar á los facciosos, fué él por el contrario quien se intimidó y dejó con sus escrúpulos que la traicion triunfase del derecho.

Propalóse por la ciudad "que el general Roberti, comandante del castillo de San Telmo, no habia enarbolado el pabellon rojo sino á la fuerza; que á no ser por el mayor Zanetti no se hubieran disparado los cañonazos; que la artilleria de la fortaleza se hallaba dispuesta á propósito para que sus tiros fuesen á dar en el mar sin hacer daño de ninguna especie; y por último, que si la poblacon napolitana se pronunciaba nuevamente en revindicacion de sus "justos derechos," el general Roberti no tomara sobre sí la responsabilidad terrible de una "impía lucha" contra la "soberanía nacional." (1)

Por otra parte, corrian de acá para allá innumerables emisarios, declarando que el rey desaprobaba todas las medidas adoptadas el dia anterior; que habia prohibido á sus soldados el derramar por motivo ninguno la sangre de su pueblo; y que en tales circunstancias, toda la culpa estaba evidentemente de parte de las autoridades.

A creer este lenguaje, no parecia sino que los vencedores demandaban perdon á los vencidos; de donde se infirió naturalmente que el rey no debia de estar muy seguro del ejército, cuando, por el contrario, de lo que éste se indignaba era de no poder demostrar libremente al monarca su ilimitada y valerosa fidelidad. Así los anarquistas cobraron mayores bríos, y determinaron comenzar otra vez, con mas vehemencia que antes, las manifestaciones populares.

En la noche del 27 al 28 se presentaron varias diputaciones al rey, hablándole enérgicamente algunos negociadores moderados á nombre de

[1] Estos rumores no eran sino muy fundados. Así es que el general Pepé, en su Historia de las revoluciones de Italia, se admira de la conducta observada por Roberti.

la *Jóven Italia*, y procurando demostrarle que, atendidos los triunfos de Palermo, iba á caer inevitablemente de sus sienes la corona de las Dos Sicilias, si S. M. no promulgaba inmediatamente una constitucion liberal.

Fernando II reunió aquella misma noche su consejo; mas en aquella nocturna conferencia fué ¡ay! tan indignamente engañado, como en Rambouillet el rey de Francia en Julio de 1830. A cada momento llegaban partes á palacio por el estilo de los que el general Maison dirijia á Carlos X.

—"¡Sire! la insurreccion domina en toda la capital, que mañana será puesta á fuego y sangre; ya no hay resistencia posible."

—"¡Sire! los ingleses se declaran en favor de la *Jóven Italia*, y hablan de bombardear á Nápoles."

—"¡Sire! el espíritu de sedicion se manifiesta ya hasta en el ejército, que no se halla decidido á pelear en defensa del trono."

—"¡Sire! la sublevacion es general en la Calabria, y vienen ya marchando 30,000 hombres sobre Nápoles."

—"¡Sire! vuestra vida peligrá; la catástrofe es inminente: hay puñales suspendidos sobre la cabeza de V. M. ¡No mas dilaciones! ¡En nombre del cielo! ¡Otorgad una constitucion! ó todo está perdido."

Y este lenguaje se oia en boca de hombres que inspiraban confianza; de modo que el rey, odiosamente engañado, no pudo imaginar en la lealtad de su corazon que por todas partes se le tendian lazos.

La mentira dominaba, y el artificio iba á triunfar.

Pasóse la noche en prolongadas agitaciones, hasta que el rey, cediendo al cabo á la fatiga, á la perfidia y al dolor, adoptó un partido decisivo: los amaños conseguian al fin la victoria.

El 28 de Enero por la mañana se esparció la voz de que Fernando II, cediendo al voto de sus súbditos, otorgaba una constitucion al reino.

Habíase formado un nuevo ministerio, compuesto del duque de Serra Capriola, del baron Ccsidio Bonanni, de los príncipes Dentice y Torella, del siciliano Scovazzo, de Carlos Cianculli y del mariscal de campo García, lisonjeándose todos con la esperanza de que se calmara la irritacion pública en vista de la generosidad del monarca. ¡Vanas ilusiones!

Cuando á las diez de la mañana del 29 de Enero apareció fijado en las esquinas el programa de la constitucion, se entregaron los facciosos á los delirantes trasportes de costumbre. Consultando el catecismo de Mazzini, y viendo que no era posible en aquella coyuntura hacer la revolucion por medio de motines, se apresuraron á continuarla á título de festejos.

En la plaza y debajo de los balcones de palacio se habia reunido una muchedumbre inmensa pidiendo á gritos ver á su rey. En medio de ella se distinguia entre todos el encargado de negocios de Inglaterra, pintándole con vivos colores cómo el régimen parlamentario iba á trasformar la caduca y lastimera Parténope en un nuevo y encantador El Dorado.

Alí-Bajá, el hijo del anciano Mehemet-Alí, se paseaba en carroza por en medio de aquella facticia exaltacion pagada por la Italia Roja, y era de ver cómo el representante egipcio del despotismo oriental aparentaba apoyar con vivísimo interés la bacanal representativa, gritando tambien con todos sus pulmones: “¡Viva la constitucion!” bien que no se habria visto menos cortado que el populacho, en el caso de tener que comprender y esplicar lo que la cosa en cuestion significaba.

El monarca, entre tanto, llamado por unánimes aclamaciones, salió á caballo de palacio con sus dos hermanos los condes de Aquila y de Trápani. A su vista se redoblaron los gritos, que á lo menos por esta vez salian del corazon, porque muchísimas personas se sentian conmovidas al mirar á aquel noble soberano, que sin escolta, indefenso, con entera abnegacion de sí mismo y despojándose en parte de su omnipotencia, se entregaba medio desarmado, por decirlo así, á la generosidad de su pueblo.

La compacta muchedumbre que á su alrededor se apiñaba en la plaza, apenas le permitia dar un solo paso. Su actitud severa, pero digna, y su semblante pálido, aunque tranquilo, revelaban evidentemente que poseido su ánimo de tristes pensamientos en medio de las frenéticas demostraciones del júbilo popular, presentia el término inevitable de aquellos arranques de gratitud, y vislumbraba por entre las festivas imágenes de lo presente las horribles perfidias del tiempo por venir.

La reina madre, princesa eminentemente benéfica y por lo mismo adorada del pueblo, se hallaba en el balcon de palacio con la reina su nuera, ambas á dos bañadas en lágrimas y con los ojos fijos en el cielo, orando la una por su hijo y la otra por su marido. Aunque sus plegarias no podian oirse, la espresiva elocuencia de sus semblantes, mas poderosa que la voz, enternecia á la muchedumbre.

Algunos guardias de corps lograron al fin abrir paso al rey y á los príncipes por la gran calle de Toledo, en cuyos balcones y ventanas se ostentaban lujosas banderas y ricas colgaduras. Allí tenian su cuartel general los *fratelli*, ó por otro nombre los *mazzinianos*, y como era consiguiente, prorrumpieron en aclamaciones que bien podian pasar por ruidos, y dieron muestras de un júbilo muy semejante al de las saturnales

El vocabulario de aquellos energúmenos hubiera podido ofrecer materia para un tomo en cuarto.

“¡Viva el rey! ¡Viva la constitucion! ¡Viva Gioberti! ¡Viva Palermo! ¡Viva Mazzini! ¡Viva Pio IX! ¡Viva Romeo! ¡Viva la Toscana! ¡Viva el lord Minto! ¡Vivan las Calabrias! ¡Viva Mamiani! ¡Viva Carlos Alberto! ¡Vivan los hermanos Bandiera! ¡Vivan los ingleses! ¡Viva Cicero-Vacchio!”

Todo lo cual, traducido y reducido á tres palabras, queria decir: ¡Viva la República! solo que la estravagancia no habia llegado aún á tal apogeo.

En otros barrios de la ciudad eran por opuesto estilo los clamores: ¡Viva el rey! ¡Viva la Hostia consagrada! ¡Viva la Madona! ¡Viva San Genaro! ¡Viva la familia real!” ¡Qué confusion! ¡Qué espectáculo! Pero volvamos á la calle de Toledo.

Presentábanse en ella los ciudadanos del partido exaltado, cada cual con un supuesto traje patriótico de mil diversas formas. Quién vestia los colores sicilianos, belgas, franceses, lombardos y piemonteses, fajándose con ellos de piés á cabeza; quién se contentaba con ir vestido de bota tan solo de medio cuerpo arriba; quién otro, en fin, preferia adornarse de medio cuerpo abajo. Todos los oropeles, insighias y emblemas de todas las revoluciones en todos los paises, se veian ridiculamente entreverados en aquella solemnidad revolucionaria, especie de mártir de Carnestolendas constitucional, en que el delirio se chanceaba vestido de máscaras.

En algunas calesas iban hombres de pié con gigantescos pabellones tricolores que llegaban hasta el tercer piso de las casas, mientras que á sus piés agitaban sentados algunos chicuelos banderolas del tamaño de abanicos.

Por un lado aparecian tres franceses, simbolizando del modo siguiente dentro de un carruaje su bandera nacional: el uno llevaba en la mano una desmesurada banderola roja, el otro la azul y el otro la blanca.

Por otro lado, como imagen de *fraternizacion*, se daba en carruaje descubierto una representacion de cuadros al natural, en que ora aparecia un rico elegantemente vestido, estrechando tiernamente contra su corazon á un pobre y derrotado *lazzarone*; ora, trocando los papeles, era el pobre el que abrazaba al rico, siendo así recíprocas las caricias.

Cada una de estas estravagantes farsas era acojida con frenéticos aplausos; y mientras que entre las masas representaban unos con seriedad semi-sublime graves pantomimas, otros haciendo gestos burlescos se reian á carcajadas.

Así loqueaba la revolucion de Nápoles, precipitando al Estado hácia su ruina con aquellas arlequinadas en la plaza pública, y aquel cinismo á cielo descubierta.

Continuando el rey su paseo por la capital, salió de la calle de Toledo, barrio de la Italia Roja, y se dirigió al Mercato, en donde la escena iba á cambiar de aspecto, ofreciendo el reverso de la medalla al presentarse el rey ante el verdadero pueblo.

Los marineros, los obreros, los pescadores, los buhoneros, los tenderos, los *lazzaroni*, en una palabra, todas esas clases inferiores de la sociedad que los revolucionarios apellidan *canalla*, cuando se muestran fieles á la religion y al trono, corrieron asustados al encuentro de su rey, porque habian oido decir que cediendo á la violencia acababa Fernando II de cambiar las antiguas leyes del país. Ellos no comprendian lo que significaba aquella constitucion improvisada que habia surjido súbitamente del lodazal de la insurreccion como una planta venenosa, y en la inspiracion de su lealtad se figuraban que su soberano, víctima de las facciones, era empujado hácia el abismo, y que su vida estaba en peligro. De aquí sus gritos espontáneos de "¡ Muera la constitucion! ¡ Viva el rey! ¡ Mueran los enemigos de Dios!" mezclados con estos otros confusos clamores del afecto público:

—¡ Majestad! ¡ tú solo! ¡ nadie mas que tú!

—¡ Majestad! ¡ rechaza á los traidores!

—¡ Necesitas apoyo? ¡ Aquí nos tienes!

—¡ Dios y el rey! ¡ nada mas!

—¡ Majestad! aquí tienes cien mil valientes para ese puñado de falsos hermanos.

Fernando, estrechado por la muchedumbre, escuchaba conmovido hasta saltársele las lágrimas aquellas protestas no calculadas de adhesion, tan distantes del falso y estudiado lenguaje de los políticos palaciegos. No era así, por cierto, como hablaban la noche anterior en sus salones los cobardes cortesanos: aquí las palabras salian del corazon, y eran la verdadera *vox populi*.

Despues atravesó el rey la inmensa plaza, donde abandonado de los suyos sucumbió Mazianello, víctima de su rebelion, dejando en aquel horrible drama revolucionario una gran leccion histórica. ¿Pero sirven de algo por ventura tales lecciones?.....

Si la monarquía hubiese dicho una sola palabra. ¡pobre partido constitucional! Las olas populares se habrian precipitado sobre él quitándole del medio en el acto, no de otra suerte que el famoso *montañés* del 13 de

Junio en París desapareció en un momento del Conservatorio (1). Pero Fernando II no se atrevia á aceptar ni rechazar aquellos fervientes ofrecimientos, por temor de que estallase la guerra civil con todos sus horrores en medio de las diversiones de una solemnidad pública; y así procuraba calmarlos con el gesto y aun con la voz.

"Amigos míos, decia el monarca, yo no quiero mas que la felicidad del pueblo; sus votos serán mi voluntad. Todo se arreglará, creedme: "confiemos en Dios: ¡ paciencia!"

Pero mientras mas mansedumbre y longanimidad desplegaba, con mas entusiasmo estallaban en su derredor las protestas de amor y respeto. ¡Estraña posicion la suya! pues asustado con los trasportes de cada parcialidad, tenia que ir luchando á lo largo de su marcha triunfal contra las demostraciones de unos y de otros.

El grito de "*viva la constitucion*," patriótico en las calles sediciosas, era tenido por sedicioso en las calles monárquicas: por el contrario, el de "*viva el rey*" era considerado como *verdad ó mentira*, como *rebelion ó fidelidad*, segun los barrios en que se proferia ó segun los labios que lo pronunciaban. Por un lado y por otro, desórden y peligros; por todas partes, lucha y confusion.

Así se entronizaba el progreso y se inauguraba la nueva ley fundamental: tales principios, tales fines.

A las veces intentó el rey con prudentes exhortaciones dispensar á la muchedumbre, y sustraerse á sus ovaciones; mas si al oír sus palabras conciliadoras retrocedia aquella por un momento, volvía en seguida presurosa y solícita á rodearle, siguiendo su instinto de fidelidad. Como la ropa se hallaba acuartelada por órden del gobierno, la guardia cívica, que por primera vez se llamaba aquel dia *guardia nacional*, y estaba de parte de los exaltados, rechazó, viéndose sola y dueña de la ciudad, á los leales realistas.

La reina madre, y la muger é hijos del rey se habian refugiado en la capilla de palacio, y desde allí, de rodillas y con cirios encendidos, elevaban al cielo sus plegarias. . . . cuando abriéndose de improviso la puerta, vieron entrar al rey sano y salvo. Su madre le dió un abrazo, su muger le estrechaba contra su corazon, y sus hijos lloraban á sus piés: el rey los tranquilizó á todos, pues habia recobrado su esperanza al ver que los revolucionarios se hallaban en minoría, y que aun entre ellos mismos habia menos malvados que ilusos. En la fisonomía del monarca se re-

(1) Hasta los libros mas exaltados convienen en que todo el populacho napolitano rechazaba la constitucion; y por eso dicen algunos que hubiera debido matarse á toda aquella canalla. Así entienden los patriotas la fraternidad.

trataba la serenidad mas apacible, porque como hábil y sagaz observador, habia visto y habia aprendido mucho en el paseo de aquel dia, y no confiaba ya tan solamente en su Dios, sino tambien en su pueblo.

Por la noche estuvo en el teatro, y fué acogido á su entrada con estrepitosas salvas de aplausos. La iluminacion era suntuosísima; los hombres iban de corbatin blanco, sin llevar ni una sola cinta tricolor en los ojales: las señoras agitaban tambien pañuelos blancos en sus palcos; y la emocion era tan general, que hubo de tocar profundamente al corazon del monarca. En aquel mismo momento se iluminaba la ciudad, y resonaba por las calles el famoso canto de los pilluelos de París: “*¡Luminarias! ¡luminarias!* (1).” Los discípulos parodiaban á los maestros.

Las casas mal iluminadas eran objeto de rechifla, y á las que no lo estaban de ninguna manera no les quedaba cristal sano. A esto se daba el nombre de *fiesta y libertad*. Los que, de buen ó mal grado, ponian en las ventanas y balcones morteretes, hachas ó teas, eran acogidos con frenéticos aplausos; y cuando el viento de Enero apagaba de vez en cuando las luces, se silbaba en medio de ruidosas carcajadas al cierzo y al invierno, considerando como reaccionarios á la estacion y á los elementos.

Mas no debian parar aquí las cosas. Ya comenzaban á oirse siniestras canciones..... preludios; ay! de la famosa *Marsellesa* que habia de ahullarse despues, y que apostándoselas á la de Paris, sustituyó el verso

“*¡ Que la sangre malvada inunde nuestros campos!*”

con este otro, mucho mas esplicito:

“*¡ Y con sangre de reyes nuestro suelo inundemos!* (1)”

CAPITULO III.

CONSTITUCION NAPOLITANA.—EL MINISTRO BOZZELLI.—EL CARRO DE MAMMONE.—ORGANIZACION DE LOS CLUBS.—ESPULSION DE LOS JESUITAS.

La constitucion napolitana prometida el 29 de Enero debia ser promulgada el 10 de Febrero; sus bases eran las siguientes:

1º “ Poder legislativo ejercido por el rey y dos cámaras, una de di-

(1) ¡ Des lampions! ¡ des lampions!

(2) *Marsellesa italiana* impresa en Nápoles el 4 de Marzo de 1843. El autor de este libro conserva un ejemplar.

“ putados elegidos por el pueblo segun un censo electoral, la otra de pares nombrados á piacer por el monarca:

2º “ Como única religion del Estado, la católica:

3º “ La monarquía inviolable, hereditaria, irresponsable y sagrada:

4º “ Responsabilidad ministerial:

5º “ Organizacion de la milicia nacional:

6º “ El mando del ejército y la escuadra confiado al rey:

7º “ Libertad de imprenta con ciertas restricciones para defensa de la religion, de la moral y del réposo público, para la represion de los ultrajes hechos al rey, á la familia real, y á los soberanos extranjeros, y para garantía del honor y de los intereses de los ciudadanos.”

No bastaban, sin embargo, las bases; necesitábase ademas redactar la constitucion por artículos, para lo cual se buscó otro *Sieyes* capaz de redactar á estilo de Paris una, dos, cuatro, ocho ó doce constituciones diferentes, á medida de las circunstancias, y susceptibles de ser reformadas cada año; cosa que exijia estudio y tiempo. La Francia, que despues de doce Cartas suspira por una nueva ley fundamental, no está constituida aún definitivamente, y tiene que revisar, refundir, rehacer... comenzar de nuevo.

Ahora bien: para dar cima á tan grande obra fué escojido entre los sectarios de la *Jóven Italia* un tal *Ciccio Paolo Bozzelli*, secretario del carbonario Pepé, y que en 1820 habia tenido el insigne honor de ser proscrito como perturbador de la tranquilidad pública en los desórdenes de aquella época, uniendo á este título el de haber publicado obras oscuras bajo todos conceptos, con las cuales habia alcanzado la gloria de verse inscrito en el índice como escritor sedicioso, impío é inmoral. Componia ademas églogas melosas y tiernas pastorelas. Sus epítetos picarescos á *Clori*, y sus madrigales mitológicos á *Anacreonte*, mezclados artísticamente con sus elucubraciones acerca de la *demagogia política* y la *poesía de los hebreos* (1), hacian que se creyese él mismo uno de los sublimes ingenios de su siglo. Leyendo con admiracion su *Extatica* dramática (2), se pavoneaba con su fama venidera, como mas tarde, en medio de las bocanadas de humo que le echaban á la cara sus amigos los exaltados, se cansaba prematuramente de las pompas de su autoridad legislativa, profiriendo estas palabras históricas: “*Estoy cansado de mi soberanía.*”

El Sr. Bozzelli, que tenia los ojos tan atravesados como la imaginacion, é iba á dar al Estado un trabajo tan inmortal como su nombre, tan pronto decia *sí* como *no* sobre una misma cosa: mérito sobresaliente que le

(1) Obras del señor Bozzelli.

(2) Libro del mismo escritor sobre el arte dramático.